

ción cuando pocos meses después supimos que la misma persona había sido nombrada para un destino superior en Kamchatka? Allí podía explotar á la gente del país sin que nadie se lo impidiera, y así lo hizo; algunos años más tarde volvía á San Petersburgo con una fortuna, publicando después, de cuando en cuando, artículos en la prensa reaccionaria, llenos de espíritu « patriótico ».

La ola de la reacción, como ya he dicho, aun no había llegado á Siberia, y los desterrados políticos seguían siendo tratados con la mayor lenidad posible, como en tiempos de Muravioff. Cuando en 1861 el poeta Mikhailoff fué condenado á trabajos forzados por una proclama revolucionaria que publicó, y enviado á Siberia, el gobernador de Tobolsk, que fué la primera población siberiana adonde llegó, dió una comida en su honor, á la que concurrió todo el elemento oficial. En Transbaikalia no se le hacía trabajar, permitiéndole oficialmente permanecer en la enfermería de la prisión de un pequeño pueblo minero, y como su salud estaba tan quebrantada (murió tísico algunos meses después), el general Kúkel le dió permiso para que residiera en casa de su hermano, ingeniero de minas, que había arrendado una mina de oro á la Corona por su propia cuenta. Particularmente esto se sabía en toda Siberia, y un día supimos de Irkutsk, que, á consecuencia de una denuncia, el general de los gendarmes (policía de estado), venía á Chitá para hacer una estricta investigación sobre el asunto. Un ayudante del gobernador general nos trajo la noticia, y yo fuí despachado precipitadamente, para prevenir á Mikailoff y decirle que en el acto debía volver á la enfermería de la prisión y permanecer allí todo el tiempo que el general de los gendarmes estuviera en Chitá. Pero como este caballero se encontrara con que todas las noches ganaba cantidades de consideración en la mesa del tapete verde, en casa de Kúkel, pronto decidió no cambiar tan agradable pasatiempo por un largo viaje á las minas, con una temperatura que era entonces de doce grados bajo cero, y cuando le pareció, se volvió á Irkutsk, muy satisfecho de su lucrativa misión.

La tormenta sin embargo, se aproximaba cada vez más, y barrió todo lo que encontró á su paso poco después de estallar la insurrección en Polonia.

III.

En Enero de 1863 se levantó Polonia contra la dominación rusa; se formaron partidas insurrectas, y empezó una guerra que duró dieciocho meses largos. Los refugiados de Londres suplicaron al comité revolucionario polaco que aplazaran el movimiento; preveían que al ser sofocado pondría un término al período reformista en Rusia; pero no fué posible evitarlo. La represión de las manifestaciones que tuvo lugar en Varsovia en 1861, y las crueles é injustificadas ejecuciones que la siguieron, exasperaron á los polacos; la suerte estaba echada.

En ninguna otra época había tenido la causa polaca tantos simpatizadores en Rusia como en aquella; no hablo sólo de los revolucionarios; aun entre los elementos más moderados de la sociedad rusa se creía y manifestaba abiertamente que sería un beneficio para Rusia el tener en Polonia un vecino amigo, en lugar de un súbdito hostil. Esta

última no perderá nunca su carácter nacional, que está fuertemente desarrollado; ha tenido y tiene su literatura nacional y su arte é industria propios. Rusia sólo puede mantenerla en la servidumbre por medio de la fuerza bruta y la opresión; un estado de cosas que hasta ahora ha favorecido y necesariamente favorecerá la tiranía en su propio suelo. Hasta los pacíficos eslavófilos eran de esa opinión; y en la época en que yo estaba en la escuela, la sociedad de San Petersburgo aplaudió francamente el « Sueño » que el eslavófilo Juan Akrakoff tuvo el valor de publicar en su periódico *El Día*; soñó que las tropas rusas habían evacuado á Polonia, haciendo consideraciones sobre los buenos resultados que tal medida reportaría.

Cuando la revolución del 63 estalló, varios oficiales rusos se negaron á marchar contra los polacos, en tanto que otros se pusieron abiertamente de su parte, muriendo después en el cadalso ó en el campo de batalla. En toda Rusia se hacían suscripciones para la insurrección — en Siberia descaradamente —; y en las Universidades rusas, los estudiantes equipaban á aquellos de sus compañeros que marchaban á unirse con los revolucionarios.

Pero, en medio de esta efervescencia, se extendió la noticia por toda Rusia de que, durante la noche del 10 de Enero, partidas de insurrectos habían caído sobre los soldados que estaban acantonados en las aldeas, asesinandolos mientras dormían, á pesar de que, hasta la misma víspera de dicho día, las relaciones de las tropas con los polacos parecían ser muy amistosas. En el modo de referir lo ocurrido había alguna exageración; pero en el fondo, desgraciadamente, existía cierta verdad, y la impresión que esto produjo en Rusia fué bien desastrosa; las antiguas antipatías entre ambas naciones, tan dolorosas en su origen y tan diferentes en sus caracteres nacionales, se despertaron una vez más.

Gradualmente esta mala disposición fué desvaneciéndose hasta cierto punto; pues la brillante manera como peleaban los siempre bravos hijos de Polonia, y la indomable energía con que resistieron á un ejército formidable, ganaron simpatías á ese pueblo heroico. Pero llegó á saberse que el gobierno revolucionario polaco, al pedir el restablecimiento de Polonia con sus antiguas fronteras, incluía las provincias de la pequeña Rusia ó Ukainianas, cuya población greco-ortodoxa odiaba á sus gobernantes polacos, y más de una vez, en el curso de los tres últimos siglos, los habían matado á centenares. Además, Napoleón III empezó á amenazar á Rusia con una nueva guerra; amago vano, que hizo más daño á los polacos que todo lo demás reunido; y, finalmente los elementos radicales rusos vieron con pesar que ahora los puramente nacionalistas de Polonia eran los que llevaban la dirección, no ocupándose el gobierno revolucionario lo más mínimo en conceder la tierra á los siervos; error del cual no dejó el gobierno ruso de aprovecharse, á fin de aparecer en la posición de protestar de los campesinos contra sus señores polacos.

* * *

Cuando estalló la revolución en Polonia, se creía generalmente en Rusia que tomaría un carácter democrático republicano, y que la libe-

ración de los siervos, sobre una base ampliamente democrática, sería lo primero que un gobierno revolucionario, que luchaba por la independencia del país, hubiera realizado.

La ley de emancipación, según se había promulgado en San Petersburgo en 1861, proporcionaba una gran oportunidad para seguir tal línea de conducta; las obligaciones personales de los siervos para con sus amos no concluían hasta el 19 de Febrero del 63, habiendo necesidad de un largo proceso con objeto de llegar á una especie de acuerdo entre los unos y los otros, respecto á las dimensiones y situación de los terrenos que habían de darse á los libertos. El pago anual que por aquéllos había de efectuarse (extraordinariamente elevado) estaba fijado por la ley á tanto el acre; pero el campesino tenía también que pagar una cantidad adicional por su morada, á la que la ley sólo fijaba el máximo, en la creencia de que el dueño pudiera tal vez hallarse inclinado á perdonarla ó á contentarse con una parte insignificante de ella. En cuanto á la llamada « redención » de la tierra, en cuyo caso el gobierno tomó á su cargo abonar al propietario todo su valor en bonos del Estado, en tanto que el labriego que la recibía tenía que pagar en cambio, durante cuarenta y nueve años, ó por 100 sobre esa cantidad como interés y anualidades; lo que no sólo era desproporcionado y ruinoso para él, sino que ni aun se fijaba un plazo para la redención. Eso se dejaba á voluntad del señor, por cuya razón, en múltiples ejemplos, no se había dado el primer paso en tal sentido á los veinte años después de hecha la ley.

Bajo tales condiciones, un gobierno revolucionario contaba con una gran oportunidad para mejorar inmensamente la ley rusa; tenía la obligación de realizar un acto de justicia para con los siervos — cuyo estado en Polonia era tan malo, cuando no peor que en la misma Rusia —, concediéndoles mejores y más definidas condiciones de emancipación; pero nada de eso se efectuó; pues siendo el partido puramente nacionalista y el aristocrático los que se hallaban al frente del movimiento, dicha cuestión, de una importancia fundamental, fué relegada al olvido. Esto dió facilidad al gobierno ruso para ganarse las simpatías de los campesinos.

De tal torpeza, se sacó gran partido cuando Nicolás Milútin fué enviado á Polonia por Alejandro II, con la misión de liberar á los campesinos del mismo modo que se iba á hacer en Rusia, se arruinaran ó no los propietarios. « Ve á Polonia, aplica allí tu programa rojo contra los propietarios territoriales polacos », le dijo el emperador; y Milútin, en unión del príncipe Cherkánky y otros muchos, hicieron cuanto estuvo de su parte para tomar la tierra á los señores y distribuirla liberalmente entre los labriegos.

Una vez encontré uno de los funcionarios rusos que habían ido á Polonia á las órdenes de Milútin y el príncipe Cherkánky. « Teníamos completa libertad de acción — me dijo — para devolver la tierra á los agricultores. Mi modo corriente de proceder era convocar una asamblea de éstos, y preguntarles: Decidme, ante todo, ¿cuánta tierra tenéis actualmente? Ellos me lo manifestaban, y yo seguía interrogando: ¿ Es esta toda la que siempre habéis tenido? A lo cual contestaban todos á una voz: No, por cierto; antes esos prados eran nuestros; ese bosque nos pertenecía, y esos campos también; solían agregar. Yo, después de

dejar que se despacharan á su gusto, acostumbraba á preguntar: Ahora bien; ¿quién de vosotros puede certificar, bajo juramento, que esta ó aquella tierra le ha pertenecido alguna vez? A esto, como es natural, nadie contestaba, por tratarse de una época remota; pero, al fin, la multitud, se fijaba en un anciano, de quien todos decían: ¡El está enterado de todo; puede jurarlo! Entonces el viejo empezaba á contar una larga historia respecto á lo que conoció en su juventud, ó había oído de sus padres; pero yo le cortaba los vuelos, diciendo: Manifestad bajo juramento lo que sepáis que haya pertenecido á la *gmina* (el Municipio del pueblo), y la tierra será de vosotros. Y desde el momento que prestaba juramento al que implícitamente se concedía gran autoridad, yo extendía los documentos y declaraba á la asamblea: Ahora ya esta tierra es vuestra; nada le debéis por ningún concepto á vuestros antiguos amos; desde hoy no sois más que sus vecinos, y todo lo que os resta que hacer es pagar el impuesto de redención, un tanto anualmente al gobierno. Vuestras casas van incluidas en las tierras; las obtenéis de balde ».

Puede imaginarse el efecto que semejante política produciría entre los aldeanos. Un primo mío, Petr Nikoláevich Kropotkin, hermano del aide-de-camp, de quien he hecho mención anteriormente, estaba en Polonia ó en Lituania con su regimiento de hulanos de la guardia. La revolución era tan formidable, que hasta estas fuerzas se habían enviado desde San Petersburgo contra ella; y ahora se sabe que, cuando Mikael Muravioff fué destinado á Lituania y vino á despedirse de la emperatriz María, ella le dijo: « ¡Salvad al menos la Lituania para Rusia! » Polonia se consideraba como perdida.

« Las partidas armadas de los revolucionarios ocupaban el país — me dijo mi primo —, y éramos impotentes para vencerlos, y hasta para encontrarlos. Una y otra vez grupos insignificantes atacaban nuestros pequeños destacamentos, y como combatían admirablemente, conocían el país y hallaban auxilio en su población, á menudo obtenían la mejor parte. Así, pues, nos veíamos obligados á marchar solamente en grandes columnas: se cruzaba una región, caminando á través de los bosques, sin encontrar rastro alguno de las partidas; pero al volver por el mismo sendero se averiguaba que los insurrectos habían aparecido á nuestra espalda, cobrando la contribución impuesta por los patriotas; y si algún campesino había prestado algún servicio á las tropas, se le encontraba ahorcado de un árbol. Tal fué la situación durante meses enteros, sin esperanza de mejora, hasta que Milútin y Cherkánky vinieron y libertaron á los agricultores, dándoles la tierra. Entonces varió la decoración por completo: aquéllos se pusieron de nuestra parte; nos ayudaron á copar las partidas, y la insurrección tocó á su fin ».

Con frecuencia hablé con los desterrados polacos en Siberia sobre este particular; y algunos comprendían la equivocación que se había cometido. Una revolución, desde sus comienzos, debe ser un acto de justicia en favor de « los explotados y oprimidos », no una promesa de realizarlo más adelante; de lo contrario, el fracaso es seguro. Ocurre con frecuencia, desgraciadamente, que los jefes se hallan tan absortos en meras cuestiones de táctica militar, que olvidan lo más importante. Para los revolucionarios, el no conseguir demostrar á las masas que

una nueva era ha empezado realmente para ellas, es asegurar la pérdida inevitable de su causa.

* *

Las desastrosas consecuencias para Polonia de esta revolución son conocidas; pertenecen al dominio de la Historia. Cuántos miles de hombres perecieron sobre el campo de batalla, cuántos centenares fueron ahorcados, y cuántos miles desterrados á varias provincias de Rusia y Siberia, aun no se sabe con certeza; pero hasta en las cifras oficiales publicadas en Rusia hace algunos años, se encuentra que, sólo en las provincias lituanianas, sin hablar de Polonia, propiamente dicha, aquel hombre terrible, Mikael Muravioff, á quien el gobierno ruso ha levantado un monumento en Wilno, ahorcó, por su propia autoridad, 128 polacos, y desterró á Rusia y Siberia 9.423 hombres y mujeres. Listas oficiales, publicadas también en Rusia, demuestran que el número de aquéllos, de ambos sexos, enviados de Polonia á Siberia, llegó á 18.672, de los cuales 10.407 se mandaron á la Siberia oriental. Recuerdo que el gobernador general de esta última región me indicó el mismo número, diciéndome que 11.000 personas vinieron condenadas á trabajos forzados ó destierro á sus dominios. Yo los vi allí, y presencié sus sufrimientos; en totalidad, sobre unas 60 ó 70.000 personas, si no más, fueron arrancadas de sus hogares y transportadas á diferentes provincias de Rusia, á los Urales, al Cáucaso y á Siberia.

Para Rusia, las consecuencias fueron igualmente desastrosas; la insurrección polaca causó la clausura definitiva del período reformista. Verdad es que la ley de autonomía provincial (Zémstvos) y la reforma de las audiencias se promulgaron en 1864 y 66; pero ambas estaban hechas desde el 62, y, además, á última hora, Alejandro II dió la preferencia al proyecto de autonomía preparado por los reaccionarios de Valúeff contra el presentado por Nicolás Milútin, y á poco de promulgarse ambas reformas, se redujo, y en algunos casos se anuló su importancia, por las leyes adicionales que les agregaron después.

Lo peor de todo fué que la misma opinión pública dió otro nuevo paso hacia atrás; el héroe del día era Kalkóff, el jefe del partido de la servidumbre, quien ahora aparecía como un gran « patriota », arrastrando en pos de sí la mayoría de la sociedad de San Petersburgo y Moscou; desde entonces los que se atrevían á hablar de reformas eran calificados en el acto por Kalkóff como « traidores á la patria ».

* *

La ola de la reacción pronto se hizo sentir en nuestra remota provincia; un día del mes de Marzo, llegó de Irkutsk un mensajero especial con un oficio; en él se intimaba al general á entregar el cargo de gobernador de Transbaikalia y presentarse en Irkutsk á recibir órdenes, y que no volvería á ocupar dicho puesto.

¿Por qué? ¿Qué significaba eso? No se daba ni la menor explicación; ni aun el mismo gobernador general, amigo personal de Kúkel, había querido correr el riesgo de agregar una sola palabra á orden tan miste-

riosa. ¿Quería tal cosa decir que el general sería conducido entre dos gendarmes á San Petersburgo, y enterrado vivo en esa gran tumba de piedra que se llama la fortaleza de San Pedro y San Pablo? Todo era posible; más tarde supimos que esa fué en efecto la intención, y así hubiera ocurrido á no ser por la enérgica intervención del conde Nicolás Muravioff, « el conquistador del Amur », quien imploró personalmente al zar que no se tratara con tal rigor á Kúkel.

Nuestra separación de éste y de su encantadora familia fué verdaderamente un duelo. Yo sentía oprimido el corazón; no sólo perdí en él un querido amigo personal, sino que comprendí también que su partida era la terminación de toda una época llena de esperanzas por largo tiempo acariciadas, « de ilusiones », como se hizo de moda decir.

Tal fué lo que pasó; después vino un nuevo gobernador, hombre de carácter pacífico y de pocas iniciativas. Con renovadas energías, viendo que no había tiempo que perder, completé los proyectos de reforma del sistema del destierro y autonomía municipal; el gobernador hizo algunas objeciones aquí y allá, por mera fórmula, firmando finalmente dichos proyectos, que se remitieron á los centros oficiales. Pero en San Petersburgo ya no se querían, y allí siguen sepultados aún los nuestros, con centenares de otros parecidos, procedentes de todos los puntos de Rusia. Algunas « cárceles modelos », más terribles todavía que las antiguas, se han edificado en las capitales, para enseñarlas durante los congresos del ramo á los extranjeros distinguidos; pero las restantes, y todo el sistema de destierro se hallaron por George Kennan en 1886, exactamente en el mismo estado en que las dejé en 1862. Solamente ahora, después de haber transcurrido treinta y cinco años, las autoridades están introduciendo la reforma de los tribunales, y una parodia de autonomía en Siberia, habiéndose nombrado nuevamente comités que informen sobre el sistema de destierro.

Cuando Kennan volvió á Londres de su viaje á Siberia, al día siguiente de su regreso nos buscó á Stepniak, Tchaykúsky, á otro refugiado ruso y á mí; aquella noche nos reunimos en su habitación, en un pequeño hotel, cerca de Charing Cross; era la primera vez que lo veíamos, y no teniendo una confianza excesiva en viajeros ingleses que toman previamente á su cargo el enterarse de todo lo referente á las prisiones rusas, sin haber ni siquiera aprendido una palabra del idioma del país, empezamos á interrogarlo escrupulosamente, viendo con gran sorpresa nuestra, que, no sólo hablaba correctamente el ruso, sino que sabía todo lo que verdaderamente era digno de conocerse de Siberia. Como entre unos y otros habíamos tenido relaciones con la mayor parte de los desterrados políticos en dicha región, empezamos á acosarlo con preguntas: « ¿Dónde está Fulano de Tal? ¿se ha casado? ¿es feliz en su nuevo estado? ¿se mantiene todavía con ánimo entero? » Y pronto pudimos convencernos de que Kennan estaba enterado de todo.

Cuando este interrogatorio se concluyó, y nos disponíamos á salir, yo pregunté: « ¿Sabéis, señor Kennan, si han construído una torre-vigía para la brigada de bomberos en Chitá? » Stepniak me miró como para reprocharme el abusar de nuestro amable interlocutor; pero este en el acto se echó á reír; yo no pude por menos que imitarlo, y sin dejar el tono jovial, nos lanzamos una lluvia de preguntas y respuestas: « ¿cómo,

estáis enterado de eso?» «¿y vos también?» «¿edificado?» «¡sí, presupuestada en doble!» y otras semejantes; hasta que por último Stepniak intervino, y con toda la gravedad compatible con la dulzura de su carácter, dijo: «Sepamos al fin de qué os reís». A lo que respondió Kennan contando esta historia que deben recordar sus lectores. «En 1859 la gente de Chitá quiso construir una torre-vigía, y recaudó los fondos necesarios para ello; mas como el presupuesto tenía que remitirse á San Petersburgo, lo enviaron al ministerio de la Gobernación; pero al volver, dos años después, aprobado, los precios de la madera y la mano de obra se habían elevado en la joven población, que por momentos se iba desarrollando. Esto fué en 1862, estando yo allí. Se hicieron nuevos presupuestos y mandaron á la capital, repitiéndose la misma historia durante unos veinticinco años, hasta que al fin los habitantes de Chitá, perdida la paciencia, presupuestaron la obra en el doble de su valor; sin embargo de lo cual, semejante precio fué debidamente estudiado en San Petersburgo, y en definitiva aprobado. Así es como aquella población se hizo su torre.

Se ha dicho con frecuencia que Alejandro II cometió una gran falta, y se acarrió su propia ruina, alentando tantas esperanzas que más tarde había de defraudar. Pero de lo manifestado se desprende — y la historia de Chitá era la de toda Rusia — que hizo más que eso; no fué sólo despertar aspiraciones, cediendo por un momento á la corriente de la opinión pública que le rodeaba; indujo á los hombres en todo el país á que se pusieran á trabajar, saliendo del dominio de meras esperanzas y sueños, y tocar con el dedo las reformas que se necesitaban. Les hizo concebir lo que se podía hacer inmediatamente, y lo fácil que sería realizarlo; los exhortó á que sacrificaran todo lo que no pudiera en el acto llevarse á la práctica, y contentarse con lo que fuera posible de momento. Y después que se amoldaron á esta medida, expresando sus ideas en leyes que sólo necesitaban su firma para estar vigentes, él se la negó. Ninguna reacción podía levantar la voz, ni jamás lo ha intentado para afirmar que lo que se pretendía hacer continuar — la antigua organización de los tribunales, la falta de autonomía municipal, ó el sistema de destierro — era bueno y digno de conservarse; nadie se ha atrevido á tanto. Sin embargo, debido al temor de hacer algo, todo se dejó como estaba; durante treinta y cinco años, todos los que se aventuraban á mencionar la necesidad de un cambio, eran tratados de «sospechosos», é instituciones unánimemente reconocidas como malas, se toleraban y sostenían sólo por no volver á oír la horrenda palabra «reforma».

IV.

Viendo que no había nada más que hacer en Chitá en punto á reformas, acepté con gusto la oferta de visitar el Amur aquel mismo verano del 63.

El inmenso dominio comprendiendo la orilla izquierda del Amur (por el Norte), á lo largo de la costa del Pacífico, llegando hacia el Sur hasta la bahía de Pedro el Grande (Vladivostók) había sido anexionado á Rusia por el conde Muravioff, casi contra la voluntad del gobierno

de San Petersburgo, y de seguro con poca ayuda de su parte. Cuando concibió el atrevido plan de tomar posesión del gran río, cuya parte Sur y fértiles tierras fueron durante los últimos doscientos años objeto codiciado por los siberianos, y cuando en la víspera de abrirse el Japón al comercio de Europa, decidió ocupar para Rusia una fuerte posición en la costa del Pacífico y darse la mano con los Estados Unidos, tenía en contra suya á casi todo el mundo oficial en San Petersburgo: el ministro de la Guerra, quien no contaba con hombres disponibles; el de Hacienda, que no tenía dinero para tales aventuras, y especialmente el de Estado, guiado siempre por su preocupación de evitar «complicaciones diplomáticas». Aquel hombre tenía, pues, que obrar bajo su sola responsabilidad, y confiar únicamente en los reducidos medios que una región tan poco poblada como la Siberia oriental podía aportar para tan gran empresa. Además, todo tenía que hacerse con prontitud, á fin de oponer el «hecho consumado» á las protestas de los diplomáticos de la Europa occidental, que indudablemente surgirían.

Una ocupación nominal no hubiera sido provechosa, y la idea era tener á todo lo largo del gran río y de su tributario Sur, el Usuri — unos 4.165 kilómetros — una serie de puntos escalonados que pudieran sostenerse por sí mismos, estableciendo así una comunicación regular entre Siberia y la costa del Pacífico. Para esto se necesitaba gente, y como la escasa población de la Siberia oriental no podía proporcionarla, Muravioff se vió forzado á apelar á medidas extremas. Presos cumplidos, que una vez terminadas sus condenas trabajaban como siervos en las minas imperiales, fueron libertados, organizándose como cosacos transbaikalianos, parte de los cuales fueron instalados á lo largo del Amur y el Usuri, formando dos nuevas comunidades cosacas. Después obtuvo la libertad de un millar de presidiarios condenados á trabajos forzados (la mayoría ladrones y asesinos), que habían de establecerse como hombres libres en el bajo Amur. El en persona fué á verlos marchar, y en el momento de la partida les dijo, ya en el muelle: «Id, hijos míos, sed allí libres, cultivad la tierra, hacedla territorio ruso, emprended nueva vida», y otras cosas parecidas. Las mujeres de los campesinos rusos casi siempre siguen voluntariamente á sus maridos, cuando éstos han sido condenados á trabajos forzados en Siberia, y de ese modo muchos de los nuevos colonos iban acompañados de sus familias; pero los que no se hallaban en ese caso, se aventuraron á decir al general: «¡Qué es la agricultura sin una compañera! ¡se nos debía casar!» A lo cual contestó aquél ordenando se pusieran en libertad todas las mujeres que había en la población condenadas á trabajos forzados — sobre un ciento — y las invitó á que eligieran consorte. Y como no había tiempo que perder, porque las aguas empezaban á bajar en el río rápidamente y las barcazas tenían que partir, Muravioff dijo á la gente que se pusieran por parejas en el muelle y las bendijo, diciendo: «Yo os caso, hijos míos. Sed buenos el uno para el otro; hombres, no deis mal trato á vuestras esposas, y sed felices».

Vi á estos colonos unos seis años después de esta escena: sus aldeas eran pobres, porque la tierra donde se habían establecido fué un bosque virgen que tuvieron que roturar; pero, tomando todo en consideración, bien podía decirse que la empresa no había fracasado, y los matrimonios

del general no fueron menos felices que otro cualquiera. El excelente é ilustrado Inocencio, obispo del Amur, reconoció después estas uniones, así como los hijos que de ellas nacieron, como perfectamente legales, haciéndolos inscribir en los archivos eclesiásticos.

Muravioff fué, sin embargo, menos afortunado con otra clase de hombres que agregó á la población de la Siberia oriental. En su penuria de personal, aceptó unos dos mil soldados de los batallones disciplinarios, los cuales se incorporaron como « hijos adoptivos » á las familias de los cosacos, ó alojaron por grupos en las aldeas de los siberianos. Pero diez ó veinte años de vida de cuartel, bajo la horrible disciplina de la época de Nicolás I no era seguramente una preparación para la agrícola: los « hijos » desertaron de la casa paterna y constituyeron la población flotante de las ciudades, viviendo al día, de lo que se presentaba, gastando principalmente en la bebida lo que ganaban, y aguardando después, tan impasibles como el ave, lo que les apcrtara el nuevo día.

La abigarrada multitud de cosacos transbaikalianos, de ex-presidarios y de « hijos », instalados todos á la carrera y con frecuencia á la ventura, á lo largo de las márgenes del Amur, no alcanzó ciertamente prosperidad, particularmente en las partes bajas del río, y en el Usuri, donde casi cada metro cuadrado de terreno había que conquistarlo á una floresta subtropical virgen, y en cuya región, las lluvias torrenciales traídas por los monsoones en Julio, las inundaciones en alta escala, y millones de aves de paso, continuamente destruían la cosecha, concluyendo por sembrar entre las poblaciones la desesperación y la apatía.

Un suministro considerable de sal, harina, tasajo y otros comestibles había que embarcar todos los años, para el sostenimiento, tanto de las tropas regulares como de los colonos, del bajo Amur; para lo cual se construían en Chitá unas ciento cincuenta barcas; enviándolas, con la primera subida de las aguas en primavera, río abajo, por el Ingodá, el Shilka y el Amur. Esta flotilla se dividía en grupos de veinte ó treinta embarcaciones, puestos bajo las órdenes de cierto número de cosacos y empleados civiles; muchos de éstos entendían poco de navegación, pero, al menos, eran de confianza, no siendo de temer que robaran las provisiones y las dieran como perdidas. Todo iba á las órdenes del comandante Maróusky, de quien fuí nombrado segundo.

Mis primeras experiencias en mi nueva calidad de navegante no fueron completamente felices. Ocurrió, que yo debía dirigirme con algunas barcas lo más rápidamente posible á un punto determinado del Amur, y entregarlas allí, á cuyo fin tuve que tomar á jornal algunos hombres, elegidos de entre los mismos « hijos » á quienes me he referido anteriormente. Ninguno había jamás navegado, ni yo tampoco. En la mañana de nuestra partida hubo que formar la tripulación con gente reclutada en las tabernas, estando la mayor parte tan borrachos á hora tan temprana, que fué necesario bañarlos en el río para que se espabilaran. Una vez embarcados, tuve que enseñarles cuanto había que hacer. Durante el día, sin embargo, todo marchó sin dificultad; las naves, arrastradas por una corriente suave, navegaban río abajo, y mi tripulación, á pesar de ser inexperta, no tenía interés en hacer encallar las embarcaciones en la orilla: eso hubiera exigido conocimientos especiales. Pero cuando obscureció y fué hora de arrimar aquéllas á tierra y ama-

rrarlas durante la noche, una, que se encontraba bien distante de la que me conducía, sólo se detuvo al montar sobre una roca al pie de un extremadamente elevado é inabordable peñasco. Allí permaneció inmóvil, mientras que el nivel del río, temporalmente elevado por las lluvias, descendía con rapidez. Mis diez hombres no bastaban con seguridad para ponerla á flote: bogueé, pues, río abajo hasta el pueblo más inmediato á pedir auxilio á los cosacos y al mismo tiempo enviar un mensajero á un amigo, oficial de cosacos, quien se hallaba destacado á unos 35 kilómetros de allí, y entendía algo de aquello.

Al fin vino el día; un centenar de cosacos — hombres y mujeres — acudieron á mi llamamiento; pero no hubo manera posible de ponerse en comunicación con tierra para poder hacer la descarga, porque la profundidad del agua al pie del peñasco era muy grande. Y en cuanto intentamos sacarla de la baradura se abrió el fondo, entrando libremente el agua é inundando el barco, cuya carga se componía de harina y sal. Con horror me apercibí que por el agujero habían entrado muchos peces pequeños que nadaban en la barca: y allí estaba yo sin poder hacer nada ni saber qué camino tomar. Hay un remedio muy sencillo y eficaz en tales casos: se mete un saco de harina en la vía de agua, á cuya forma se adapta al momento, en tanto que la costra exterior de la pasta que se forma en el saco evita que el resto de la harina se moje, y, por consiguiente, la entrada del agua; pero ninguno de nosotros sabía entonces eso.

Afortunadamente para mí, pocos minutos después se vió una embarcación que venía río abajo hacia nosotros. La aparición del cisne que condujo á Lohengrin no fué saludada con más entusiasmo por la desesperada Elsa que aquella tosca nave lo fué por mí. La neblina que cubría el hermoso Shilka en la primera hora de la mañana, hacía aún más poética tan halagüeña visión. Era mi amigo el oficial de cosacos, quien, informado por lo que yo le había dicho respecto á la crítica situación de la barca y considerándola perdida, traía otra descargada, que por casualidad halló á mano, para trasbordar á ella lo que llevaba la mía.

Entonces se tapó la entrada del agua, se achicó ésta con una bomba, se pasó el cargo á la otra barca, y á la mañana siguiente pude continuar mi viaje. Esta pequeña lección práctica me fué de mucha utilidad, y pronto llegué al punto de destino en el Amur, sin ninguna otra aventura digna de mención. Todas las noches encontrábamos una playa adecuada donde poder deternos con las barcas, y nuestras hogueras se encendían al borde de las corrientes y cristalinas aguas, en medio de un paisaje montañoso encantador. Durante el día, apenas podía uno imaginarse un viaje más agradable que el efectuado en una barca, arrastrada blandamente río abajo, sin el ruido y la trepidación del buque de vapor; bastando dar alguna vez que otra un golpe con el gran remo de popa para mantenerse en el centro de la corriente. Para los amantes de la naturaleza, la parte baja del Shilka y la alta del Amur, donde se ve un hermosísimo y ancho río, deslilizándose entre montañas escarpadas y riscos cubiertos de verdura, elevados unos seiscientos y pico de metros sobre el nivel del agua, ofrece una de las escenas más deliciosas del mundo. Pero esta disposición del terreno hace que la comunicación á caballo,

á lo largo de la orilla, por una estrecha senda, resulte muy difícil. Esto lo llegué á saber aquel otoño por propia experiencia. En la Siberia oriental, las siete últimas estaciones á lo largo del Shilka (sobre 200 kilómetros) eran conocidas con el nombre de los siete pecados mortales. Esta vía del ferrocarril transiberiano, si llega á construirse alguna vez, costará cantidades fabulosas; mucho más de lo que la línea del Pacífico canadiense en las Montañas Rocosas, en el paso del río Fraser, ha importado.

Después de haber entregado mis barcas, recorrí unos 1.660 kilómetros, río abajo, en uno de los botes correos que allí navegan. La popa estaba cubierta, y en la proa había un cajón lleno de tierra, sobre la que se mantenía el fuego encendido para hacer la comida; mi tripulación se componía de tres hombres, y como no había tiempo que perder, se bogaba, alternando todo el día, dejando que á la noche se fuera con la corriente, montando yo una guardia de tres ó cuatro horas para mantener la embarcación en la mitad del río y evitar que se metiera por alguno de los canales laterales. Estas guardias — brillando arriba la luna llena, y los oscuros y escarpados montes reflejándose sobre las aguas — eran hermosas sobre toda ponderación. Mis remeros procedían de los ya mencionados « hijos »; eran tres vagabundos que tenían la reputación de ser incorregibles rateros y ladrones, y yo llevaba un pesado saco lleno de billetes de Banco, plata y cobre; en la Europa occidental, semejante viaje por un río solitario, se hubiera considerado peligroso; pero en la Siberia oriental no. Lo hice sin llevar ni siquiera una vieja pistola, y realicé la expedición sin tener de ellos queja alguna. Sólo al aproximarnos á Blagovéschensk se volvieron algo intranquilos. « Khan-shina (el aguardiente chino) está allí barato — decían suspirando — ¡y con seguridad nos ocurrirá alguna avería! ¡cuesta poco, y pronto da con uno en tierra por no estar acostumbrado á él! » Yo ofrecí dejar el dinero que les correspondía en poder de un amigo, quien se encargaría de embarcarlos en el primer vapor; pero ellos replicaron con tristeza: « ¡Eso no es suficiente; cualquiera puede dar una copa — la bebida es barata — y no hace falta más para caerse ». Estaban realmente preocupados, y cuando algunos meses después volví á la misma población, supe que uno de « mis hijos », como allí los llamaban, se había encontrado en un aprieto. Una vez agotado el producto de la venta del último par de botas para continuar envenenándose, robó alguna cosa y cayó en el garlito. Mi amigo obtuvo finalmente su libertad y consiguió embarcarlo.

Sólo los que han visto el Amur, ó conocen el Mississipi ó el Yangtze-kiang, pueden formarse idea de lo inmenso que se hace el primero después de haberse unido al Sungari, y comprender lo tremendo del oleaje que rueda sobre su lecho si el tiempo es borrascoso. Cuando la estación de las lluvias, debido á los monsoones, viene en Julio, el Sungari, el Usuri y el Amur experimentan una crecida considerable; millares de islas poco elevadas sobre el nivel del agua, cubiertas de bosques

de sauces, son inundadas ó barridas por aquélla, y la anchura del río llega en algunos parajes á tres, cinco y aun ocho kilómetros. En tales casos, las aguas se precipitan en los canales laterales y los lagos que se encuentran en las tierras bajas á lo largo del canal principal; y si sopla un viento fresco de la parte oriental contra la corriente, olas gigantescas, mayores aún que las que se ven en el estuario del San Lorenzo, se forman, tanto en el río principal, como en los canales laterales, agravándose todavía más la situación cuando viene un tifón del mar de China y se extiende por la región del Amur.

Nosotros experimentamos uno de éstos. Yo me encontraba entonces á bordo de un bote grande de cubierta con el comandante Marousky, á quien me uní en Blagovéschensk. El había dispuesto el aparejo de modo que pudiéramos navegar ceñido al viento, y al empezar la tormenta, conseguimos tomar el lado abrigado del río y refugiarnos en uno de sus pequeños tributarios: allí permanecimos durante dos días, mientras que el huracán soplaba con tal violencia, que cuando me aventuré á penetrar algunos centenares de metros en el vicino bosque, tuve que retroceder, á causa de la gran cantidad de árboles corpulentos que el viento derribaba á mi alrededor. La importancia de la tempestad hizo que empezáramos á inquietarnos por la suerte de nuestras barcas; era evidente que si se hubieran encontrado navegando aquella mañana, no hubiesen podido coger el lado abrigado del río, sino que, arrastradas por las olas al otro, donde era mayor la violencia del viento, allí se hubieran irremisiblemente perdido. Que debía haber ocurrido un desastre, era cosa casi segura.

Tan luego como amainó la furia del mal tiempo, volvimos á navegar; sabíamos que pronto debíamos tropezar con dos grupos de barcas; pero pasó un día, pasaron dos, y nada se encontraba. Mi amigo Maróusky perdió el apetito y el sueño, y parecía como si acabase de sufrir una grave enfermedad. Se pasaba los días enteros inmóvil sobre cubierta, murmurando: « Todo se ha perdido, todo se ha perdido ». Los pueblos son escasos y están muy distantes unos de otros en esta parte del Amur, y nadie nos podía dar informe alguno. Se reprodujo la tempestad, y, finalmente, al llegar á una aldea al amanecer, supimos que no había pasado ninguna barca; pero que se vieron restos de un naufragio flotando por el río el día anterior. Era indudable que, por lo menos, cuarenta barcas con un cargo de unas 2.000 toneladas, debían haberse perdido. Esto representaba el hambre, hasta cierto punto, en el bajo Amur, si no se le suministraba á tiempo, porque la estación estaba avanzada pronto se suspendería la navegación, y en esa época no había telégrafo; á lo largo del río.

Celebramos consejo, decidiendo que Maróusky navegase lo más rápidamente posible, dirigiéndose á la desembocadura de aquél; tal vez se hubieran podido hacer algunas compras de grano en el Japón antes de que la navegación se cerrara. Yo, entre tanto, debía marchar lo más velozmente que pudiera, río arriba, para determinar la importancia del siniestro, procurando recorrer los 3.330 kilómetros que me separaban de la capital, en bote, á caballo, ó en vapor, si encontraba alguno. Mientras más pronto informara á las autoridades de Chitá, y se remitiera la cantidad de provisiones que hubiese disponible, tanto mejor. Tal vez